

ANTONIO FORTÚN (1945-1999) IN MEMORIAM

JOSÉ LUIS PANO GRACIA

«El sol sigue siendo para mí un misterio hermoso que nos acompaña durante el día, pero que tiene dos momentos culminantes, uno al nacer por la mañana y el otro al morir por la tarde.» (A. Fortún, Exposición de la Facultad de Filosofía y Letras, noviembre de 1977).

Me resultaría fácil, cogiendo un fragmento de aquí y otro de allá, el hacer un *collage* —de esos que tanto gustaban a Antonio Fortún— sobre la biografía del artista y amigo que acaba de desaparecer. Mas creo que al propio Antonio, tan querido en este Departamento de Historia del Arte —baste recordar, por ejemplo, que diseñó la portada del tercer número de la revista *Artígrama*—, le hubiera gustado algo más sencillo y sobrio, quizás unas simples pinceladas sobre su biografía, tal y como quedaron recogidas en el catálogo de su última exposición (1999). Decía así:

«Antonio Fortún nace el 5 de abril de 1945 en Samper de Salz (Zaragoza). Realiza estudios en la Escuela de Artes de Zaragoza. Es diplomado en Artes Plásticas y Decoración. Es licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza. Fundador de los grupos de pintores *Intento* y *Azuda 40*. Es académico correspondiente de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza». Y, sobre todo, algo que apenas se desprende de este pequeño texto, pero que me gustaría resaltar aquí. Antonio Fortún era una buena persona, de vasta cultura y viajero infatigable, además de un gran teórico que, al margen de sus premios y distinciones de carácter plástico, recibió también el premio extraordinario de licenciatura por su tesina sobre el grupo *Azuda-40*, la cual fue posteriormente publicada por la Institución «Fernando el Católico» (1982), siendo además autor de varios libros, artículos y textos para exposiciones de pintura, cerámica y fotografía.

En el catálogo arriba mencionado, editado por la Excma. Diputación Provincial de Zaragoza y sobre el que me volveré a ocupar más adelante, el lector interesado en aspectos más científicos sobre la personalidad artística de Antonio Fortún dispone de una amplia bibliografía, tanto de libros como de reseñas de prensa, más un amplio currículum de las exposiciones individuales y colectivas del pintor.

Ahora, sin embargo, cuando todavía tengo frescas en mi retina sus últimas imágenes, me gustaría subrayar otras cuestiones que quizás sean menos importantes, aunque desde luego —y para mí— son más humanas y entrañables.

En efecto, a comienzos del mes de abril de 1999 —recuerdo que era una hermosa tarde con un cálido sol de primavera— vinieron a mi casa D. Federico Torralba y Antonio Fortún con el fin de tomar café y conversar un rato acerca de los últimos eventos artísticos de nuestra ciudad, así como para que pudieran contemplar las últimas adquisiciones de cerámica precolombina que, gracias a la mediación del Dr. Torralba, habíamos incorporado mi mujer y yo para nuestra pequeña colección de Arte Americano (al fin y al cabo había sido nuestro profesor de Arte Oriental y, por consiguiente, el «culpable» de nuestra afición por las Artes fuera de Europa).

Con anterioridad habíamos estado varias veces en casa de D. Federico y también en el espléndido piso que Antonio poseía en la Gran Vía de Zaragoza, al igual que en su espacioso y ordenado estudio, donde nada sobraba ni faltaba, pues hasta el pincel más insignificante tenía destinado su sitio correspondiente. Tiempo después habíamos tenido la oportunidad de contemplar la Exposición Antológica que Antonio Fortún había presentado en las salas del Palacio de Sásago, la cual llevaba como subtítulo «Cuadros para una donación», y que desde luego resultó ser de mal augurio, o cuando menos, premonitoria, como si el pintor intuyese que éste sería su último encuentro con el público zaragozano.

En el momento de la visita a la exposición no pudimos adquirir el catálogo de la misma, por no hallarse todavía disponible, pero Antonio no sólo tuvo la gentileza de traernos un ejemplar el día que estuvo en nuestra casa, sino que además nos lo dedicó con estas emotivas palabras: «A JOSÉ LUIS E ISABEL EN RECUERDO DE ESTA VISITA CON EL AFECTO Y AMISTAD DE SIEMPRE. UN ABRAZO, A. FORTÚN. 10-4-99». No hace falta decir, después de la muerte del amigo y del artista, el valor sentimental que para nosotros tiene el mencionado catálogo, en cuya portada se nos muestra un espléndido sol de Venecia. Ciudad última en la que casualmente habíamos coincidido, allá por el mes de agosto de 1995, los cuatro zaragozanos, aunque para ser más correctos habría que decir cinco, dado que mi mujer estaba ya embarazada de nuestra hija Laura, a quien Antonio llamaría cariñosamente «la pequeña veneciana».

Tampoco hace falta señalar que descubrir Venecia en compañía de estos dos amigos fue un auténtico placer, ya fuera siguiendo los pasos infatigables de D. Federico, quien se sentía orgulloso de poder

descubrirnos por primera vez la belleza de Santa María dei Miracoli, o ya fuera paseando tranquilamente por la noche en la Piazzetta con la belleza impresionante del palacio de los Dux al fondo. De esto hace ya más de cuatro años y recuerdo que Antonio estaba pasando una especie de crisis existencial, debido a que en el mes de abril había cumplido los cincuenta años, aunque es posible —como decía más arriba— que comenzara a intuir el principio del fin. ¡Sólo Dios sabe! Pero lo cierto es que en los últimos tiempos se le veía desgana-do, sin el entusiasmo por la pintura que era característico de él y sin apenas deseos de trabajar en el estudio.

Todo un caballero, amigo de sus amigos, era la educación y la pulcritud en persona, aunque en ocasiones —y como buen aragonés— algo chuzón. Y de esto último puede servir de ejemplo cómo, en cierta ocasión, nos estaba enseñando unos magníficos Tàpies que decoraban su cuarto de baño, algo que ya de por sí era una circunstancia que no dejaba de resultar insólita, y ante lo cual yo le manifesté que la humedad del baño podría dañar las obras en cuestión; pero su respuesta no pudo ser más concluyente: «Aquí no hay humedad, yo siempre me ducho con agua fría».

Bromas aparte, Antonio Fortún atesoraba una espléndida colección de arte, pues no debemos olvidar que era un hombre de exquisito gusto y que había sido también un importante galerista, en compañía de su maestro y mentor el profesor D. Federico Torralba Soriano. De sobras conocida era la afición de ambos no sólo por el Arte Contemporáneo sino también por el Arte Oriental, parcela última en la que atesoraban una de las colecciones más importantes de nuestro país (dícese piezas excelentes de Ukiyo-e, budas de serena belleza o inros de una primorosa factura). Obras, en definitiva, que cualquier comunidad autónoma con un poco de inquietud cultural no dejaría escapar fuera de sus fronteras; pero esa es otra historia, también har-to dolorosa, pues el trabajo de estas dos personas durante muchos años, recorriendo los anticuarios de París, Londres y Venecia, es muy posible que pronto se esfume como el agua en un cesto de mimbre.

Por eso prefiero volver a Venecia, a su luz, a sus brumas y a su atmósfera, a la verdad de su decrepitud; a la ciudad que ya nunca volverá a ser igual sin la presencia de este buen amigo, porque él contribuyó a que esta vieja república nos dejara en la retina una huella imperecedera. Y por eso, también, me gustaría darle la palabra a este aragonés que se había convertido en un gran gentilhombre veneciano: «Yo me encuentro —escribía Antonio en 1985— entre los [artistas] atrapados y fascinados y como ellos —pero más modestamente— la pinto, la uso y la utilizo, pero sabiendo que Venecia es algo más

que una mancha de color sobre un lienzo; ella es un conjunto deslumbrante y seductor, que oculta entre sus desconchados y bellísimos muros todo el misterio de las culturas que a través de los siglos la han configurado».

«La pinto, la uso y la utilizo», son sus palabras exactas, que materializadas mediante la técnica del *dripping* o chorreado, junto con el procedimiento del *sparkling* o salpicado, dieron lugar a una impactante serie de soles y lunas sobre el mar de Venecia, y lo cierto es que algunas de estas obras, quizás las más hermosas están fechadas en 1978, constituyen uno de los momentos más personales de la pintura de Antonio Fortún. No menospreciamos por eso las grandes composiciones de formas orgánicas o los dípticos y polípticos de explosivas tonalidades que realizó en los años anteriores, ni tampoco las posteriores incursiones gestuales de su período Zen o sus replanteamientos neocubistas, cuando no los *collages* que expuso en 1997 en las salas del Palacio de Montemuzo, donde una vez más nos mostró sus dotes compositivas y su extraordinaria sensibilidad en la ordenación de las formas y del color. Mas para nosotros, el recuerdo de Antonio siempre permanecerá vinculado a la belleza de los soles venecianos, pues como escribió Antonio Saura en 1978: «La obra de Antonio Fortún renueva el concepto del dripping, investigando muchas de sus posibilidades facetas». No añadiremos nada más, tan sólo el deseo sincero de que el alma del amigo descanse en paz en el jardín de las cinco lunas que un día pintó el ya citado Antonio Saura.

JOSÉ LUIS PANO GRACIA

*Director del Departamento de Historia del Arte
de la Universidad de Zaragoza*